



# Secretos de confesión

Texto: Alejandro Berzosa Cruz



Jaén, cuarto día del mes séptimo del año 1.515 de nuestro Señor.

Mañana será juzgado y sé cuál es mi destino, padre. Debes tener fe, hijo mío.

El tribunal de la Inquisición no será benevolente en mi caso. Quiero morir en paz. ¿Estamos bajo secreto de confesión?

Sí hijo.

He sido hombre de Dios y he defendido la fe toda mi vida. Y sin embargo heme aquí preso en una celda infestada de ratas, dispuesto a ser juzgado por mis pecados.

¿Insinúas que las acusaciones no son ciertas?

No soy más pecador que cualquier otro. Oscuros intereses han actuado en nuestra contra desde mi llegada a Jaén.

Fue al atardecer del tercer día desde que saliera de Toledo, cuando por fin pude divisar a lo lejos la silueta de la ciudad recortada contra las montañas. El cerro que llaman de Santa Catalina, coronado por la alcazaba medio derruida, y el edificio de la catedral delante, a medio construir pero alzándose ya por encima de las casas y palacios de alrededor.

Había sido un trayecto complicado. Los caminos infestados de ladrones obligaban a fijar un ojo adelante y otro a los lados. En dos ocasiones tuve que desenvainar la espada que llevaba oculta en las alforjas, aunque no hubo necesidad de utilizarla, ya que aquellos perros cobardes huían sin interceder una palabra al ver una espada manejada con soltura.

Atravesé los arrabales y entré en la ciudad por la puerta de Baeza mientras mi corazón latía con fuerza, sin presagiar los acontecimientos posteriores.

Otro miembro de nuestra hermandad había llegado en avanzada meses atrás. Se había empleado entre los canteros que construyen la

catedral, y por tanto podía moverse por las entrañas de aquel edificio sin levantar sospechas.

Juntos debíamos encontrarlo.

¿Encontrar qué?

Un objeto legendario, padre. Un tesoro de incalculable valor, que proporcionaría un poder inimaginable a la persona que pudiera descifrar sus enigmas. La Mesa de Salomón.

Todo esto es herejía, sin duda. ¡A qué hermandad perteneces?

Eso ya no importa, padre. Antes de nosotros, muchos otros han perecido en el intento de poseerla. Y los pocos iniciados de nuestra hermandad no seremos los últimos. Mucha gente quiere poseer ese tesoro esquivo y peligroso. Sabemos quiénes la custodian desde hace siglos, mas todavía no han conseguido descifrar sus secretos.

Mi hospedaje se encontraba al costado de un palacio donde según nuestras investigaciones está oculta la entrada a uno de los pasadizos. El cerro está lleno de ellos, ¿lo sabía? Muchos ya intransitables, pero todavía quedan otros muchos abiertos. La Mesa está escondida en lo más profundo del cerro, en el centro de un laberinto de pasadizos, lo sabemos.

Hay pasadizos desde muchas casas nobles, también desde la catedral. Todos están conectados. Se empezaron a construir hace siglos por los iniciados poseedores de la Mesa. Incluso conectaban con la alcazaba a través de una escalera sinuosa; aunque derrumbaron ese acceso hace años para proteger su tesoro.

Mi hermano llevaba meses tratando de descubrir la entrada que comienza en la catedral. La semana anterior había visto subir a un canónigo de los sótanos, después del oficio vespertino, sin motivo aparente. Debíamos seguir su pista.



Lo seguí hace dos tardes, cuando salió del Monasterio de Santa Clara. Después de algunos recados, ya oscurecida la tarde, se dirigió a la plaza de la Magdalena. Se apoyó en una pared, y de repente desapareció de mi vista aprovechando las sombras de aquel rincón de la plaza. Me acerqué con cautela y vi que había saltado el murete que separa la plaza del manantial y de la gruta donde se asume que se oculta el legendario lagarto. Salté el muro, justo a tiempo de ver desaparecer la cola de su hábito por una abertura en la pared. Me abalancé tras él y conseguí empujar fuertemente aquella losa de piedra antes de que el monje la cerrara. Tuve que acabar con ese hombre con mi puñal antes de que pudiera gritar. No podía permitir que me delatara, ahora que habíamos descubierto una de las entradas a los pasadizos.

Ahora pienso que fue una locura entrar solo y sin un plan establecido, pero era

una oportunidad única. Prendí una antorcha que había en el suelo y comencé a avanzar por el túnel, que seguía paralelo a la calle Santo Domingo. Era un camino sinuoso, oscuro, húmedo. El sonido de mis pasos se repetía y amplificaba rebotando en las paredes y extendiéndose por todas partes. Algunos túneles se abrían a mi derecha de tanto en tanto, pero no tomé ninguno porque suponía que hacia la derecha los caminos se perdían en las entrañas del cerro de Santa Catalina y me perdería sin remedio. Al cabo de unos 300 pasos escuché ruido a mis espaldas. Una exclamación de sorpresa y murmullos entre dos personas. Sin duda habían descubierto al monje muerto.

Empecé a correr todo lo que la oscuridad y la angustia de aquel túnel me dejaba, buscando un escondrijo para esconderme o emboscarles. Tras unos minutos de tortuoso camino, oyendo a mis perseguidores

a mis espaldas, y después de coger un pasadizo que se abría a la izquierda, vislumbré unas escaleras, las subí precipitadamente y me topé con una puerta. Debí haberme quedado escondido junto a ella y esperar que no me vieran, pero el miedo nublabá mi razón, así que laforcé y abrí. Me encontré en los sótanos de un palacio. Pero solo cuando llegué hasta el patio porticado y me capturaron aquellos guardias, entendí que no era un palacio cualquiera. Era el palacio del mismísimo obispo de la ciudad.

Ante tal revuelo, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Alonso Suárez se asomó al balcón del primer piso. Me miró fijamente unos instantes. En mis ojos vi sin duda lo que andaba buscando. Yo en los suyos vi que era conocedor de los pasadizos, y del tesoro de la Mesa.

Prefirió castigarme con el suplicio de la Inquisición antes que con una muerte plácida.

